

COLACIÓN DE GRADOS DEL 8 DE DICIEMBRE DE 1903

CÓRDOBA

LA
UNIVERSIDAD
DE CÓRDOBA

EN LA CULTURA ARGENTINA

DISCURSO DEL DOCTOR JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

MINISTRO DEL INTERIOR

EN LAS FIESTAS DE INAUGURACIÓN DE LA ESTÁTUA DEL FUNDADOR
DE AQUELLA UNIVERSIDAD, FRAY FERNANDO DE TREJO
Y SANABRIA

BUENOS AIRES

IMPRESA Y CASA EDITORA DE CONI HERMANOS

684 — CALLE PERÚ — 684

—
1903

COLACION DE GRADOS DEL 8 DE DICIEMBRE DE 1903

CÓRDOBA

LA
UNIVERSIDAD
DE CÓRDOBA
EN LA CULTURA ARGENTINA

DISCURSO DEL DOCTOR JOAQUIN V. GONZÁLEZ
MINISTRO DEL INTERIOR
EN LAS FIESTAS DE INAUGURACIÓN DE LA ESTÁTUA DEL FUNDADOR
DE AQUELLA UNIVERSIDAD, FRAY FERNANDO DE TREJO
Y SANABRIA



BUENOS AIRES
IMPRESA Y CASA EDITORA DE COMI HERMANOS
684 — CALLE PERÚ — 684

1903

Señoras :

Señores :

Al decidirme á ocupar la atención de tan imponente auditorio en este recinto, en el cual ha transcurrido una tradición secular de virtudes y de saber, me siento dominado por una influencia superior, extraña y profunda, y á la vez serena y plácida; y me figuro vuelto después de larga ausencia al hogar nativo, donde viven aún las sagradas memorias de los amores inmortales, representadas por las reliquias que convierten una morada en un templo, y los recuerdos del tiempo pasado en un culto carísimo y en impulso y fuerza para las luchas de la vida.

Renuévanse en mi mente y en mi corazón las escenas y emociones de la edad juvenil, cuando en los efluvios de esa amistad del aula, que es parentesco inextinguible formado en la comunidad de afectos queridos en el momento de su eclosión más espléndida, buscábamos los caminos de la ciencia antes recorridos por tantos sabios y maestros en lo humano y divino, ó reñíamos esas primeras batallas, en las cuales se entra siempre con más temor que esperanza, y se divisa la primera vislumbre de futuras glorias, ó se empieza á sentir el peso real de las empresas personales, enfrente de los obstáculos existentes en nuestras propias imperfecciones, ó derivados de la acción de los demás que marchan por la misma senda, en pos de idénticas conquistas.

Verdaderos estadios donde concurren á aquilatarse en afluencia sucesiva las cualidades de un pueblo, estas casas de alta enseñanza y definitiva modelación, tienen para la nacionalidad el valor de las síntesis admirables de la naturaleza; y si

ellas son, en verdad, crisoles donde se funden, se depuran y toman forma externa los elementos de una raza, son también, desde otro punto de vista, focos intensos y cálidos de ideales perdurables, y de las infinitas y variadas direcciones en que la fuerza nacional se difunde, para volver de nuevo á converger en ellos, como los rayos de la esfera cuando han recorrido el espacio de su expansión originaria.

Confieso con íntimo regocijo, que durante toda mi vida me acompañó el recuerdo de los años pasados en la frecuencia de estas aulas, alimentando mi creencia en los sentimientos más puros, sosteniendo mi fe en los resultados del esfuerzo intelectual, y cual si me hallase confundido con su propio sér y abolengo, en los más graves conflictos de mi conciencia y en las más arduas tareas mentales, sostuvo mis entusiasmos y duplicó mis energías la convicción de un deber superior, el ser digno en todo tiempo del vínculo creado, el honor y prestigio de mis maes-

tros, y el anhelo de no empañar el cuadro de sus gloriosas tradiciones.

Puede medirse la intensidad de mi orgullo de universitario de Córdoba, en esta misma clásica ceremonia, en la cual me imagino reconstituída aquella antigua comunidad ó asociación de ideales de las colonias europeas del Nuevo Mundo, cuando eran, más que hoy, una gran familia y un vasto hogar no disgregado por la ley de la emancipación, y cuando sus hijos iban á buscar en Lima, Charcas, Santiago y Córdoba, las facultades de que carecían en las escuelas propias; y ya sabéis que me refiero á la presencia entre nosotros, de los representantes diplomáticos de las naciones hermanas que, con la nuestra, sostienen el imperio de la cultura y el derecho republicano en Sud-América: circunstancia tanto más feliz cuanto que se realiza en esta reunión de tan altas personalidades de la política continental y europea, la visión lejana y patriótica de los fundadores de esta sabia institución, reflejando á la vez el carácter universal de sus estudios, pues

no sólo ella atrae y asimila la ciencia extranjera con espíritu libre y abierto, sinó que le ha ofrecido en cambio, los inagotables y vírgenes tesoros de sus reinos naturales, y en sus jóvenes organismos políticos, objeto de honda observación á sus filósofos y estadistas.

I

Si exceptuamos los clásicos institutos universitarios de la Europa Occidental, donde se ha elaborado por transformismo la actual civilización, acaso en esta región de la tierra corresponda á la Universidad de Córdoba, la más venerable historia y una positiva influencia sobre una vasta extensión del continente. Fué ella, desde sus orígenes, concebida con ideales expansivos y universales; su fundador, hijo de la tierra americana, sentía quizá ese vago aleteo interior de los grandes presentimientos ó

de las misteriosas profecías, innato, además, en los indígenas de un suelo vigoroso, y le imprimió, en su lema heráldico el mandamiento, — ungido, sin duda, en el divino simbolismo del Evangelio, — de hacer oír su nombre de todas las gentes. No de otra manera, cuando una nueva Patria aparece en el escenario del mundo, sus naves atrevidas conducen por todos los mares y bajo todos los cielos la virginal enseña de sus colores, sedienta de homenajes y de victorias.

No lejos de esta misma sala, hace más de veinte años, aquel pastor que parecía desprendido del núcleo inicial de Jesucristo, dotado de una elocuencia que fuera al propio tiempo sabiduría y unción mística, hacía notar el hecho extraordinario de la longevidad de tres siglos, de este noble instituto, en nuestra América Española « donde todo es nuevo, y que, desde cierto tiempo, hace como profesión de vivir sin pasado, cual árbol que por erguirse más, arranca del suelo sus raíces », de un suelo hondamente pulverizado, no tanto por las

revoluciones políticas, como por la social y religiosa, y en esta observación de Esquiú, de este precursor y profeta, se halla comprendida una honda síntesis histórica.

Fundada esta Universidad entre las penumbras de un gobierno colonial sin luces ni orientación, en el fondo de un territorio ahogado por los desiertos y esterilizado por las prohibiciones; refugiada en los misterios de las ciencias sagradas, inmunes, contra las sigilosas sospechas del sistema político dominante: nacida en la alborada de un siglo que fuera él mismo anuncio del esplendoroso y nuevo renacimiento filosófico del siglo XVIII, y cuando ya no eran un secreto los tesoros literarios de la alta antigüedad, transmitidos en esencia entre las rígidas fórmulas escolásticas de la época, sus aulas fueron el surco abierto en tierra hambrienta, en cuya entraña no se pudre jamás el fruto, según la bárbara expresión del poeta de la fecundidad; y en aquella semilla arrojada por la mano altruista de un franciscano de América, y fecundada á distancia por las ideas

de los dos primeros siglos de su evolución histórica, iba envuelto el gérmen de vastas reacciones cívicas no sospechadas, de revoluciones políticas incontrarrestables; iba en él, para fructificar en esos dos siglos de riego perezoso y difuso en el seno cálido de nuestra tierra, la Revolución de Mayo, encendido el yunque donde se forja la Nación Argentina, y con el seno nutrido de todas las ideas orgánicas legadas por las emancipaciones anteriores, frutos, á su vez, de aquellas doctrinas salvadas de la antigüedad en el asilo hermético de las ciencias medioevales.

Hambre y sed de ilustración había en el alma de esta nueva raza, secuestrada de las luchas de la cultura universal por una política desconfiada y celosa, germinadora de protestas é insurrecciones; y así como el metal precioso va oculto entre los rudos fragmentos de la roca despedazada, así las nociones inalterables del derecho y la libertad llegaban á los espíritus, escondidas entre las páginas mutiladas, adulteradas ó destruídas, de los poetas, oradores é histo-

riadores de la edad de oro, ó entre las lecciones de los Santos Padres, compendias ó adobadas para el uso de la colonia, según una cautelosa ley de la Recopilación de Indias ; pero los versos de Horacio, Virgilio y Juvenal, leídos y comentados en los ejercicios de retórica, templaban las almas nativas para los entusiasmos supremos ; sugerían la pasión de ideales más altos que los dogmas despóticos, que las morbosas sentencias relativas al poder real ó á la condición servil del hombre, y afinaban la percepción estética de la forma en que más tarde habían de aparecer los poetas de la Revolución como estrellas nuevas en cielo desconocido ; los diálogos y disertaciones morales de Marco Tulio, — *De Officiis, De senectute* — escritos en los dulces ocios campestres de aquella vida que fué una batalla concluida en un martirio, y en quien, como en Zenón de Elea, — aquel filósofo en cuya escuela se habían formado algunos de los hombres más grandes que hayan jamás existido, según Lecky, — se advertía ya el resplandor de la filosofía cristiana próxima

á ser revelada al mundo, hicieron algo para modelar aquellos ejemplares de varones que desde los primeros días de Mayo y en todos los Cabildos, Juntas y Congresos revolucionarios y constituyentes, llevaron en la esencia de sus virtudes privadas, el alma de la nacionalidad ya forjada en la silenciosa gestación de tres siglos ; de aquellos doctores y frailes cuyos principios de gobierno civil tenían toda la rigidez de la libertad romana, bebidas en Tácito, Tito Livio, Salustio, y todos los arrebatos místicos y tropicales de la redención evangélica y de la savia nativa.

Cierto es que nuestras agitadas democracias sudamericanas «han hecho como profesión de vivir sin pasado », y que en el vendaval de sus revoluciones no pudieron conservar siquiera el tesoro común de esos cultos, leyes ó formas inmutables que todas las razas disputan á los naufragios, á los incendios, á los ostracismos y á la cautividad ; y también es cierto que los infortunios de nuestra vida nacional y los retardos de nuestra formación republica-

na, débense en gran medida al abandono forzoso de aquellas clásicas formas nacidas de la convivencia secular sobre un dilatado territorio, y de la instintiva comunicación, mantenida á través de los desiertos interiores por los distintos centros de cultura, por los hogares señoriales y solariegos, especies de tiendas dispersas de un ejército civilizador que aguarda la hora de su marcha conjunta y definitiva hacia la victoria.

Vicisitudes numerosas obstruyeron á veces por largo tiempo el sereno curso de este raudal del saber. Las leyes internas, la disciplina y la intensidad de las enseñanzas de la Universidad cruzaron por dolorosos períodos de relajamiento y decadencia, inherentes, por otra parte, á casi todos los institutos similares de la época en toda España y en estas Indias. No brillaron soles más propicios para sus ilustres contemporáneos de Méjico, Lima, Quito, Santiago y Charcas ; si bien en toda la América se advirtió entonces, extendida sobre sus pueblos, esa súbita obscuridad que precede al amanecer, y era, sin

duda, el crepúsculo anunciador de la independencia. La era de Carlos III, la era de las reformas inaugurada con el Virreinato, henchida de promesas preventivas y de tardías concesiones, dió mayor impulso en vez de detener, á las ideas de emancipación ya incubadas en las soledades de la colonia, con la incorporación de estudios más abiertos de algunas ciencias físicas y matemáticas, reveladoras de nuevas y desconocidas energías.

Halló, pues, la revolución, el suelo dispuesto para la labor de construcción de un régimen reaccionario ; y á ella concurrían los altos estudios de Córdoba y de Charcas, y los del colegio de San Carlos de Buenos Aires. Conocedores de las teorías políticas y morales de Hobbes, Locke, Rousseau y Fenelon ; informada de las cartas constitucionales de la América del Norte y las declaraciones de derechos de la revolución francesa, tuvo la Revolución Argentina legisladores y tribunales, que entre el fragor de las armas iban demoliendo y sustituyendo por principios y for-

mas democráticas las antiguas desigualdades y privilegios, desde la condición misérrima del indio y del esclavo, hasta los superiores fueros de la palabra hablada y escrita.

La ola de las revoluciones definitivas suele arrasarlo todo sin examen ni distinciones ; se confía al tiempo las justicias y desagravios, pero muchas veces ha sido imposible restaurar aquello que no debió perecer. Elementos no bien aquilatados en el momento inicial de la lucha, adquieren forma y direcciones imprevistas cada vez que aquella se concentra en el problema doméstico ; desvían los primitivos planes y propósitos constituyentes ; afluyen á ellos con los factores no contados de la naturaleza y la tradición de la patria en su completa unidad territorial, é impiden, en definitiva, que las reparaciones justas y las supervivencias necesarias del pasado, entren con su parte profesional en la nueva organización política.

II

Es grande, extensa y perdurable la obra realizada por esta benemérita Universidad en la historia de la cultura é instituciones argentinas, é indiscutible su influencia en las de Sud América. No he de referirme ahora á la amplia hospitalidad, retribuida con igual afecto, á la juventud de Chile, Alto Perú, Paraguay y Montevideo en todos los periodos de su existencia, sino al hecho de haber albergado durante siglos el germen libertador de la ciencia, — siquiera fuese en sus formas menos tangibles y prácticas, — y al contingente positivo de hombres y de leyes ofrecido por ella á la Nación desde 1810; y á esta provincia de Córdoba, privilegiada desde sus comienzos históricos por altas direcciones, convertida en depositaria y fuente inexhausta de aquellas enseñanzas, y dotada de cartas constitutivas como las de 1821, 1870 y 1883, donde será estudiado siempre el derecho político provincial me-

todizado por Alberdi y comentado por Cortés y Posse, en obras matrices de renaciente interés y valor. Y si es verdad que devastaron estas aulas no pocas veces las guerras y discordias que « han pulverizado nuestro suelo », según la gráfica expresión de Esquiú, y debilitaron hasta el culto de su luminosa antigüedad, no lo es menos que desde hace treinta años la vida nueva ha entrado en su sangre, libre y dispuesta á asimilarse todas las conquistas y perfeccionamientos del espíritu humano, cuando dió entrada á las nuevas facultades de ciencias físicas, matemáticas y médicas, que harán inmortal el recuerdo de otros hijos ilustres de esta ilustre casa, — el Presidente Avellaneda y el Rector Lucero ; — el uno paga con creación tan espléndida la sagrada deuda de la educación recibida en ella, entrega el otro su reposo y su vida á la profunda reforma, desde la cual comienza la nueva era de su celebridad universal, esparcida por las obras originarias de los Lorentz, Hieronymus, Stelzner, Weyemberg, los dos Doering, y

otros sabios extranjeros que mantienen aún con brillo y vitalidad singulares la corriente innovadora de la ciencia europea.

Por su posición en el centro del territorio y por el carácter tradicional de sus estudios, ningún instituto argentino está mejor colocado que éste para realizar la restauración del vínculo disuelto entre el presente y el pasado, en cuanto al valor representativo de la nacionalidad misma. La revolución ha roto, sin duda, el lazo político, pero no ha podido destruir el hecho social y étnico sancionado por la sucesión de tres siglos. Las universidades como las naciones son seres inmortales, cuya fuerza y vitalidad consisten en la continuidad evolutiva de sus elementos orgánicos; y la ley del progreso, que es ley de vida, no consiste, sin duda, en destruir lo pasado en aras del futuro, sino en transformarse y en asimilarse las nuevas condiciones de cada nueva época. « La labor propia de las universidades, — dice Gladstone, el hijo preclaro de Eton y de Oxford — es, mientras conservan y culti-

van todas las verdades antiguas, colocarse en las filas avanzadas de toda conquista moderna, armonizar continuamente todo lo heredado con lo adquirido por el género humano, y sancionar los fueros de la libre discusión, mientras mantienen en límites razonables el dominio de la tradición y la autoridad. »

No crece ni ahonda sus raíces la encina simbólica de la tradición céltica sinó cuando la savia ha afluido á ella durante siglos desde el suelo consagrado, y los progresos de la ciencia, como los elementos de las nacionalidades, no son intermitentes ni transitorios : la universidad establece la correlación de los tiempos y de las verdades de la ciencia, como el hogar y la historia perpetúan el culto de los antepasados. La energía y la riqueza de las naciones se acrecientan con cada nueva avenida que llega á engrosar el cauce primitivo, como la expansión del humano saber se realiza con cada nueva zona de luz que abarcan en el espacio futuro las verdades antiguas. Las razas que llevan en sí mayor facultad

de asimilación se renuevan, se ensanchan y fortalecen cada día, arrancando á la tierra ó al espacio, para entregarlas al uso de la humanidad, todas las fuerzas y agentes que la observación va descubriendo y sujetando á su dominio.

A los maestros y alumnos de la Universidad de San Carlos, la historia les señala un deber excepcional y arduo en los tiempos actuales, en que las condiciones de la vida y las exigencias de la civilización, transforman los altos estudios en labor positiva y práctica de producción y descubrimiento, de observación y experiencia de los fenómenos cada vez más sorprendentes que el mundo ofrece, cual si cambiase de naturaleza. Y no es sólo en el orden físico donde este cambio es revelado por la ciencia nueva, sinó en el orden moral, más confuso é incierto, cual si hubiesen variado también las bases sobre que la familia humana funda su derecho á la existencia. Mientras estas mutaciones ocurren en torno de nuestro continente, y vemos que el valimiento de las naciones está en razón

directa de la mayor suma de labor útil que cada una aporta al bienestar de todas, no podemos permanecer inmóviles contemplando la marcha general, ó revolviendo en inútiles pasatiempos, como los de la decadencia de la dialéctica de Lombardo, sistemas ó principios desaparecidos con la renovación intelectual de la época presente.

Ha pasado para estas casas de altos estudios la era de las vanas y estériles especulaciones, que marcaron su descenso de casi un siglo; y si bien es cierto que las ciencias ideales no pueden ni deben morir, también lo es que sólo tienen derecho á la vida en cuanto desempeñan su misión de conducir el pensamiento al encuentro de las verdades positivas, ó á mejorar el estado del alma, volviéndola más fuerte y animosa para vencer las fatigas de la jornada. Si las industrias han multiplicado las comodidades, el poder de una porción de la humanidad sobre la otra, y los medios de aumentar las riquezas, se siente y se impone cada día con mayor evidencia

una multitud de fenómenos concordantes y expansivos, que surgen de una inmensa masa de hombres, cuya condición de auxiliares ó artifices de la fortuna ajena, les hace entrever algo como una nueva religión reivindicadora, anunciada á veces con rumores siniestros y univversales. Un latido de esa enorme masa repercute de un extremo á otro de la tierra en vibración poderosa y á manera de lenguaje secreto de solidaridad é inteligencia; el cual revela, además, que si los hombres son iguales en derechos y en condición civil y política, los medios de realizar esa igualdad no han sido descubiertos, ó aspiran á extenderla hasta compartir en la misma medida los goces que las adversidades. — « Existen multitudes de nuestros semejantes cuya existencia transcurre en la obscuridad, en la confusión y en el dolor, — decía no ha mucho en la Universidad de Columbia el sabio profesor Van Dyke, — cada una de las grandes ciudades encierra focos de decadencia moral, que todo espíritu honesto considera con horror, com-

pasión y tristeza. » Una vasta porción de la humanidad se siente desgraciada, aun en medio de los esplendores de la fortuna, y entre las mil comodidades que la ciencia brinda á la vida; y si los hombres de estudio y los institutos de elevada cultura no examinan las causas del hondo malestar, para procurarle un remedio ó una atenuación, puede asegurarse que contribuyen negativamente á acelerar la hora de las represalias y de las revoluciones.

Muestra legislación civil, verdadero prodigio de labor y erudición, que desplegara aquí con sabiduría y elocuencia no superadas el doctor Rafael García, se levanta sobre los basamentos colosales de la jurisprudencia romana y medioeval; y los derechos relativos á la propiedad del suelo y á la creada por el trabajo de la mano ó del espíritu; y los que se derivan de la condición moral del hombre enfrente de sus iguales cuando con ellos contrata, ó colabora en sus empresas lucrativas por una participación ó un salario; y los que rigen el hogar, como el nido cálido en don-

de han de cumplirse las más recónditas leyes de la vida y del crecimiento de la especie ; y las fórmulas procesales, intrincadas como laberintos, adustas y absorbentes de la propia ciencia substantiva, excéntricas y contradictorias con las sencillas reglas y los fines directos é inmediatos de la justicia, ideadas más bien, al parecer, para alejarla de la realidad que convertirla en una norma ordinaria de gobierno, reclaman ya de los maestros argentinos un estudio nuevo, con nueva dirección, en armonía con los anhelos y advertencias de la época y en relación inmediata con las necesidades económicas de la civilización.

El suelo y sus productos, repartidos con criterio más humanitario y justiciero; el trabajo personal en las industrias más equilibrado con la suma de riqueza tangible que produzca ; reconocida la nobleza y fueros del trabajo mental, menos mecánico pero más fecundo en beneficios y bienestar ; extendidos la luz, los encantos y los consuelos de la educación, las artes y la asistencia social en mayor espacio entre las

clases « que viven en la sombra, en la confusión y en el dolor » ; y por encima de todo este conjunto, á manera de lumbré conductora, un sistema amplio y comprensivo de enseñanzas morales, acaso las mismas ya olvidadas del cristianismo puro, en algo como una nueva revelación por la cátedra, con el auxilio de las ciencias y la crítica experimental modernas : he ahí, señores, algo de lo que la cultura argentina esperaría de sus universitarios, cuya labor es interminable y sucesiva, transmitida de maestros á discípulos y por éstos al pueblo, en esa cotidiana comunicación de ideas y sugerencias que dan existencia cierta á la universidad ideal de Jefferson.

Si no persistiese en nuestros estudios superiores la monótoma ley de la uniformidad, á despecho de la tradición y de la rica variedad del suelo, podría exigirse á este instituto la tarea de las restauraciones indispensables para restablecer la unidad interrumpida de nuestra historia, de conciliar los adelantes de las ciencias nuevas y de las artes, con aquella porción impere-

cedera de la ciencia antigua, en que el ideal, vestido de misticismo, mantenía el amor de la vida entre los sufrimientos de la miseria y el abandono, y al propio tiempo que encauzaba hacia el cielo las almas fatigadas ó ansiosas, les enseñaba que las leyes divinas sólo se proponían hacer feliz la condición terrenal del hombre. La religión no es temible para la cultura moderna sólo por ser religión: ella jamás desaparecerá del espíritu, cuya esencia comparte, y en cambio, en su transformación ideal, vendrá siempre en auxilio de las grandes empresas, á iluminar la senda de las conquistas futuras, á levantar á los pueblos en sus desastres colectivos, y á reemplazar en las conciencias todas las ilusiones y los anhelos frustrados. Las ideas y sentimientos religiosos constituyen una fuerza indestructible entre las leyes de la historia; muchas veces creyéronse perdidas para siempre en el fragor de las revoluciones sangrientas, y, no obstante, entre la humareda del incendio se alzó el acorde místico de la poesía ó la elocuencia,

á cuyos rumores la llama oculta entre las cenizas iluminó de nuevo el escenario del mundo, contando resurrecciones inesperadas.

La vida contemporánea, en la cual creyéramos haber llegado á la posesión de todas las verdades, después de diez y nueve siglos de civilización, no oculta su ansiedad é incertidumbre del futuro y de lo desconocido, revelada cada día en lenguajes diversos, y parece que va á surgir de súbito, un grito valeroso y franco, pidiendo la restitución de los viejos ideales perdidos, arrebatados sin causa, en nombre de ciencias y progresos con los cuales se armonizan á maravilla, y en los cuales hallan sus mejores elementos y potencias. Ninguna entidad es más capaz de regular, mantener y utilizar en sus límites razonables y benéficos esta fuerza civilizadora que la Universidad, donde concurren todas las ciencias á compensar los excesos de la pasión y del sectarismo, y donde se elabora el tipo intelectual necesario para el actual momento histórico de cada pueblo. « Una

corriente continua de hombres instruidos, y educados, — decía en Princeton el presidente Cleveland, en ocasión semejante á ésta, — surgiría de nuestras universidades y colegios á predicar el honor y la integridad, y á enseñar que una creencia en la necesidad de obedecer las leyes de Dios, no es hija de la vana superstición. »

Entregada tan ideal y superior empresa á las banterías y á las discordias militantes, será en todo tiempo una causa de destrucción y de infortunios sin medida; pero confiada como un vínculo de amor, patriotismo y solidaridad, á los espíritus selectos, nutridos por elevadas disciplinas científicas y literarias, se convertirán en rica simiente para el porvenir; y no persistamos en ese fútil temor de las gentes apasionadas, que ve en estas ideas una acción contraria á un acendrado y justo criterio de la soberanía nacional y de sus fueros, porque si no pudiésemos desvanecerlos sólo con demostrar la íntima esencia religiosa del patriotismo, no se resistiría, sin duda, la mención de nombres

ilustres de sacerdotes argentinos, en cuyo intelecto y en cuyo corazón fundiéronse en una sola fuerza de alto civismo la creencia religiosa y el fervor patriótico. Los anales de la República se caracterizan durante medio siglo por la influencia de estos espíritus superiores, entre cuyo núcleo sale de relieve el Deán Funes, aquél de quien Rivadavia dijera que no sólo había fundado nuestra historia, sino restablecido por el estudio de los orígenes, la unidad de los destinos nacionales; no sólo había predicho la libertad política de su Patria en el elogio fúnebre de Carlos III, sino que llevó á la acción revolucionaria y educadora una de las fuerzas más eficaces, por su mente nutrida en estudios prácticos y doctrinales de amplitud excepcional, y por un carácter tenaz consagrado al servicio exclusivo de su culto y de sus conciudadanos. En la asamblea del año XIII, en el congreso de Tucumán, en el Constituyente de Santa Fe, que fundaron nuestras preciosas libertades presentes, la sabiduría, la elocuencia, la ilustrada convicción pa-

triótica de aquellos hombres de religión y de ciencia, no crean por cierto, el menor de los títulos de esas clásicas corporaciones á la admiración de la posteridad.

III

Célebres hombres de Estado, jefes de naciones y jurisconsultos de universal nombradía, ante la nueva orientación de tendencias de la actualidad, se han preocupado de revisar las ideas tradicionales, relativas á la conducta política, al modo de ser y caracterizar la « vida cívica » dentro de las instituciones libres; y no son raros los casos de directas alusiones á los Estados de Sud América, á los cuales se les juzga incapaces para realizar la misión que la cultura contemporánea impone á toda nación independiente. Los conceptos que parecían fijos é inmutables sobre la soberanía, las integridades terri-

toriales, la sanción secular del derecho, y la libertad de la propia é inviolable conducta dentro de las fronteras, comienzan á ser removidos por nuevos análisis y transmutados á la luz de experiencias recientes, que se quisiera ya erigir en otras tantas leyes históricas prospectivas : se llega hasta el alma misma del hombre, por ver si la esencia del sentimiento y la idea del patriotismo no empiezan también á revelar los síntomas de la transformación ; y por arraigada que se halle en los pueblos la doctrina de la inmunidad absoluta, en presencia de los hechos irrecusables y de los ineludibles triunfos de la superioridad, sean cuales fueren su razón y su carácter, un movimiento instintivo las conduce á renovar con buena fe é intensa observación el estudio de sí mismas.

Pasaron ya, y sin duda se alejan para no volver, los tiempos en que el aislamiento y la lentitud de las relaciones internacionales favorecían la clausura y el exclusivismo del territorio nacional ; y es indudable que hoy la misma atmósfera puede

transmitir sin conductores visibles, de un continente á otro, la queja contra la injusticia, la agresión del despotismo, el abuso impune de la fuerza, ó el cuadro palpitante de la inmoralidad tolerada. El hacinamiento cada vez más compacto de la población, va convirtiendo más y más la tierra en un hogar común de todos los hombres : las relaciones de vecindad se fundan en reglas de higiene recíproca, imperiosas, que imponen estrictas limitaciones de la libertad doméstica ; y el medio ambiente moral como el físico, se halla sujeto á idénticas leyes, sin las cuales será cada vez más difícil la armonía de las naciones en un orden jurídico universal.

La vida nueva sugiere á las sociedades jóvenes una grave preocupación respecto á las condiciones en que se desarrolla su régimen constitucional interior ; sus territorios están abiertos á las corrientes migratorias de otras más antiguas y avezadas á las luchas de la existencia, y en cierto modo, las promesas de libertad y de justicia, de paz y de trabajo, la necesidad y las

tendencias expansivas de las nacionalidades originarias, las convierten, para su conciencia y norma de conducta, en obligaciones perfectas sometidas al tribunal de la opinión ó al de la fuerza, al amparo de esas otras leyes, cada día más coercitivas. de la solidaridad nacional, la identificación del ciudadano con su bandera, del súbdito con su soberano, las cuales lo siguen y cubren, tutelándolo en cualquier lugar de la tierra donde detenga su marcha.

Obra sólida y persistente de la educación y de la experiencia, ha sido entre nosotros la fundación de un orden político externo é interno, sobre las bases del derecho reconocido y las que impone nuestra posición geográfica ; y si es verdad que no debemos temer agresiones ni represalias, porque no perturbamos ni ofendemos las leyes de la civilización, también lo es que esto no basta para cumplir nuestro destino, pues debemós acelerar el paso para no ser impelidos por la oleada que llega, ni cegados por la nube de polvo de los que van más á prisa ; debemos perfeccio-

nar nuestro medio social, acercarnos á la armonía entre los elementos tradicionales y los voluntarios de nuestra formación política, y ponernos al abrigo de nuevas perturbaciones, que pudieran sugerir al mundo la convicción de nuestra impotencia para el propio gobierno.

Son los institutos escolares de toda jerarquía artífices primordiales de estas evoluciones que modelan á los Estados y determinan su misión en la historia. Ellos pueden también desviarlos del camino recto, precipitarlos en la discordia y la ruina, ó cegarlos con engañosos deslumbramientos de gloria. — « La prosperidad y la fuerza de un Estado, no dependen tanto de la posesión de ricas minas de oro ó de plata, cuanto de la formación de ciudadanos inteligentes y virtuosos », ilustrados y activos, animosos y tenaces en la lucha, capaces de darse cuenta de que no sólo labran su dicha personal, sinó también la de sus compatriotas y semejantes.

Es, sin duda alguna, el peligro mayor de los estudios mal ordenados, el pertur-

bar el concepto exacto y positivo de la vida pública y de la conducta política. Así como el estudiante de ciencias físicas necesita el auxilio frecuente del gabinete, el museo ó el laboratorio, así el de ciencias morales requiere la constante observación de la vida misma. De esta manera, cuando son llamados á tomar su parte en la dirección de los asuntos comunes, entran en ella con paso firme, despejados los ojos de prejuicios, prevenciones ó excentricidades, de abstracciones y utopías de advenimiento milenario ó extrañas á la naturaleza del hombre, y de falsas ideas de moralidad que precipitan á las injusticias irreparables; y es dolor infinito contemplar esas vidas agostadas en flor por los primeros desencantos, vencidos prematuros, apartados de la acción para substraerse y relegarse al infecundo retiro de la protesta y de la recriminación. Cederán en otros casos ú ocasiones el campo de la labor á ellos destinada, á los menos capaces ó á los menos educados en escuela de honestidad y de altruismo, y de éstos dice Joseph Cham-

berlain, que « cederles el dominio de la política, sería tan desastroso para los mejores intereses del Estado, como confiar á mercenarios la defensa del territorio ».

Tales caracteres deben ser evitados en la formación de las clases cultas y directivas, y en cambio, estimulados por un concepto experimental de las instituciones y de la vida cívica, los temperamentos valerosos y persistentes, que no abandonan ni desandan el camino al primer obstáculo, ni ceden á las alucinaciones del éxito fácil, ni á los tentadores halagos de una vanidad pueril. La escuela democrática del trabajo personal y la propia suficiencia, comenzada en las labores del estudio, trasciende más tarde á la vida, y el ciudadano comprende el verdadero valor del servicio público, que es honor y virtud, y no una substitución parasitaria de la industria que todo hombre debe practicar para su propia subsistencia. De esta manera, las luchas de los partidos, que la sana moral política entiende motivadas por la aspiración de mayores progresos institucionales, sólo se agitarán

en torno de las participaciones pecuniarias, con todas sus avideces y concupiscencias. El interés reemplazará á la convicción, la rivalidad á la concurrencia, el odio á la simpatía, la envidia al estímulo, la persecución á la ayuda recíproca, y el patriotismo se transformará en la adhesión á la causa que ofrezca más duraderas seguridades á los goces adquiridos.

En estos yunques universitarios se forjan aquellos ejemplares de hombres que de tiempo en tiempo enaltecen la personalidad humana, y cuya influencia persiste por largo tiempo impresa en el carácter de su nación ó de su raza. Pero los componentes de tales tipos morales no se improvisan ni se importan en un día: son el producto de una sucesión de enseñanzas y virtudes heredadas de una y otra edad, y difundida en la masa por la acción continua de las clases superiores en su indirecta labor educativa. Fórmase así el ambiente moral en cuyo medio germinan las demás cualidades que dignifican y elevan á un pueblo, y le dan excepcional valor en el

juicio y el respeto de la humanidad. Pero este comercio de ideas no interrumpido entre los hombres cultos y las clases ignorantes, es un difícil y peligroso ministerio, cuando no lo mueve y conduce un sincero amor de la verdad y una arraigada convicción del bien social. Arbitros ó generadores exclusivos de la «opinión pública», en sus manos estará la suerte de toda empresa ó tentativa; ellos inducirán al pueblo en sus errores ó extravíos, lo inflamarán con sus pasiones y lo desviarán de sus generosas rutas y nobles impulsos, lo saturarán de sus rencores ó lo armarán con armas de destrucción y anarquía.

Abierta está para los hombres ilustrados, productos inmediatos ó reflejos de la cultura que la Universidad distribuye á manos llenas, la cátedra de la enseñanza pública y libre, donde las ciencias son comunicadas á la juventud y al pueblo; de ellos es la tribuna popular, especie de poder, cuya eficacia reposa en la armonía entre la arena y el alma de la multitud pero cuya misión política, definida en las libres asam-

bleas de la antigua Grecia, es conducir á los ciudadanos en la práctica honrada de la libertad y del derecho, sujerirles sentimientos de justa aprobación ó censura sobre los actos públicos, y enseñarles á discernir el premio de su cariño á los buenos y leales servidores de la causa común.

En su poder está la prensa, cuya asombrosa difusión, al amparo de las artes y de la infinita divisibilidad del producto, le permite abrazar zonas de influencia más dilatadas que ninguna otra forma de persuación; y sea cual fuere el valor individual de las inteligencias directivas, la adherencia atómica de sus elementos constitutivos, le da el peso irresistible de las grandes masas lanzadas al impulso de su propia gravedad. Si la injusticia en las funciones públicas engendra desórdenes y crea conflictos tan graves, cuando hace su nido en esas selvas dantescas de odios y bajas miserias, en que suele degenerar á veces este admirable instrumento de la idea, sus estragos en la paz de las conciencias, de los ho-

gares y de las naciones no tienen límites, ni existe pena que iguale la magnitud del agravio que de ella reciben la moral, el derecho y la honra de los Estados. Con su poder de actualizar la posteridad, de improvisar la gloria y anticipar todos los éxitos, perturba y desequilibra los caracteres débiles ó incapaces de discernir entre lo verdadero y lo falso, entre la buena y mala opinión, y seduciendo á los hombres, más vanidosos que expertos, los lanza en vertiginosa carrera de errores é inquietudes, cual si corriesen tras una visión seductora. El mal que esta sed de fama efímera y vulgar realiza en el alma de la juventud, se acrecienta de modo alarmante en la sociedad moderna; y sólo podrá ser curado por nociones más certeras sobre el objeto de la vida, y por el hábito de ocupaciones útiles que aparten la mente de tan vanas ilusiones, permitan aquilatar con mayor exactitud la propia importancia, y combatir por tales medios la más grave de las imperfecciones de que el alma humana adolece.

Ayudados por la enseñanza viviente de ciudadanos como Washington, Adams, Hamilton y Jefferson, los institutos universitarios de los Estados Unidos fundaron una era política denominada por Von-Holst, «el culto de la Constitución», interrumpido no ha mucho por el advenimiento del libre examen, después de haber contribuido á crear en el pueblo americano esa fuerza maravillosa, que estriba en el respeto y la admiración de su gran carta. Nosotros hemos carecido hasta ahora de una era semejante en nuestros estudios, y no se ha comunicado aún á la sociedad ese elevado concepto que los hombres de saber han podido formarse sobre la Carta de Mayo. Pero no basta imponer ese culto de manera forzada ó artificial, sinó que es necesario infundirlo en el espíritu de toda la Nación, por el conocimiento y la práctica de sus sabios preceptos, erijidos en hábito, en conciencia colectiva. Así, la libertad y la justicia, los dos grandes homenajes por ella ofrecidos á la civilización, serán en el tiempo verdades y con-

quistas indestructibles; y cuando la República sea señalada en el mundo por la realización normal y permanente de sus bellas instituciones progresivas, semejantes á los cauces majestuosos de sus ríos, por la savia vital que encierran y conducen hacia las venideras generaciones, reaparecerá en la historia más esplendente aún la obra de los hombres que las concibieron y sancionaron, y la de esta noble Universidad, su cuna materna. En sus sencillas enseñanzas, desde los tiempos coloniales, palpita el sentimiento del suelo nativo, comunica unión religiosa á la amistad que une entre sí á sus hijos y maestros, aún lejos de sus vetustos claustros, y alumbra como la llama perenne de los antiguos templos, bajo las macizas bóvedas centenarias, el rostro nunca velado de la diosa tutelar de la tierra nativa, amada de sus propios ciudadanos, respetada de las demás naciones por su invariable culto del honor, del derecho y del trabajo, elegida de las razas fuertes como hogar y campo seguro de expansión regenadora, y cuna y ara de esas

nobles ambiciones, energías y virtudes que combaten toda adversidad, y aseguran á los pueblos laboriosos y honestos sus inmortales destinos.

Y ahora, para concluir, dirigiéndome á los graduados en esta solemne y clásica ceremonia, me permito hablarles, no ya como maestro,—título nunca por mí merecido,—sinó como universitario alimentado de la misma savia inicial que ellos. y señalar este acontecimiento entre los augurios más felices de su carrera. Han concurrido á atestiguar su juramento y á unir sus votos amistosos á los de toda la República, delegados de otras universidades argentinas y extranjeras, que confunden con la nuestra, en simbólico abrazo, sus comunes ideales de alta cultura. El compromiso contraído reviste la gravedad de un tributo de la vida á los más elevados fines de la ilustración, de la justicia y la moral, perseguidos con las nobles armas del trabajo, el estudio y el ejemplo, para la felicidad de nuestros semejantes y honor de la Patria, que el poeta saludaba :

Salve pulchra parens, terrarum gloria, Salve :

y para que reviva desde el polvo tres veces secular de sus cenizas, el espíritu del fundador de esta casa, ya evocado en colossal figura por el bronce, el cual, si es invulnerable al tiempo, es menos inaccesible á la destrucción que ese otro monumento erigido en el alma de una sociedad, de una nación ó de toda una raza, por el cultivo de las ciencias, las artes y las letras que las consolidan, depuran y embellecen.

